

laba con impaciencia que detenían las lágrimas de la joven para hacerla aparecer dura é implacable. Entonces Magdalena negábase á contestar, y era preciso que su amante le gase á enternecerse hasta sollozar para que cayesen en los brazos del otro desesperados y consolándose mutuamente. No hubieran podido explicar la causa de su infelicidad, estaban mortalmente tristes sin saber por qué parecían que vivían en un ambiente de dolor, que un anonadamiento lento y continuo les aplastaba.

Semejante situación era insostenible. Era precisa una franca explicación. Magdalena la rehusaba, Guillermo mostraba harto débil. Durante un mes llevaron esta vida pesada y horrible.

Guillermo había colocado el retrato de Jacobo en un hermoso marco. Este retrato puesto en la habitación de los amantes, hacía daño á Magdalena. Cuando se acostaba parecía que los ojos del muerto la veían subir al techo. Por la noche adivinaba su presencia en la alcoba y procuraba sofocar los besos para que Jacobo no los oyera.

Cuando por las mañanas se vestía lo hacía con ligereza para estar desnuda el menor tiempo posible delante de la fotografía. Por lo demás, amaba aquella imagen y la privación que le producía tenía algo de agradable. No pasaba ya en Jacobo como en un amante, sino como en una amistad vergonzosa del pasado. Era más púdica para él que para Guillermo, y sufría en realidad al verle testigo de sus nuevos amores. Algunas veces se creía obligada á pedirle perdón, y los días en que había llorado ó reñido con su amante, miraba el retrato de Jacobo con mayor dureza. Lo echaba de menos inconscientemente, olvidándose de sus antiguos sufrimientos.

Tal vez Magdalena hubiera acabado por llorar ante el retrato como una viuda inconsolable, si un suceso no hubiese arrancado á los amantes de la triste existencia que llevaban. Un mes todavía y se hubieran peleado sin duda alguna, llegando á maldecir el día de su encuentro. Fuera salvados por las circunstancias. Guillermo recibió una carta de Veteuil en que se le decía que fuera inmediatamente. Su padre agonizaba. Magdalena muda de dolor le abrazó y durante más de una hora estuvieron los amantes con las manos entrelazadas, y por un momento recobraron toda la intensidad de su cariño. Marchóse Guillermo muy afectado, diciendo á su querida que le escribiría en seguida y que esperase sus cartas.

V

El señor de Viargne había muerto. Se había ocultado la verdad á Guillermo para aminorar el golpe de la triste noticia.

Las circunstancias que acompañaron á esta muerte durante mucho tiempo hicieron estremecer á los criados de la Noirande. El día antes el conde se había encerrado según su costumbre en el laboratorio. Al siguiente día no viéndole salir, Genoveva se alarmó al llegar la noche; pero no era raro que algunas veces prolongara su trabajo, y en este caso se subía provisiones y no se le avisaba para comer. Aquella noche, sin embargo, la anciana doméstica, presintió una desgracia; la ventana del laboratorio por la que de ordinario salía luz que alumbraba la campiña con sinistros y rojizos resplandores, estuvo cerrada toda la noche.

Al otro día Genoveva fué á escuchar á la puerta. No oyó nada, ni el menor ruido. Asustada por este silencio llamó y no obtuvo contestación. Entonces observó que la puerta no estaba más que entornada, y este detalle concluyó de atemorizarla porque el conde se encerraba siempre dando doble vuelta á la llave. Genoveva entró. En medio del vasto laboratorio estaba el cadáver del señor de Viargne boca arriba, con las piernas rígidas, los brazos abiertos y las manos crispadas; en la cara echada hacia atrás destacábanse lívidas manchas y en el cuello se veían también grandes manchas amarillentas. Al caer había choca-

do el cráneo contra el suelo; un hilo de sangre corría hasta perderse debajo del horno donde formaba un charco. Todo hacía creer que la agonía había durado algunos segundos solamente.

Ante el cadáver, Genoveva retrocedió horrorizada lanzando un grito. Apoyada en la pared balbuceó una plegaria. Lo que más la aterraba era observar las manchas que el cadáver presentaba en la cara y en el cuello, y que al parecer eran magulladuras; el diablo había, por fin, estrangulado á su amo; las señales de los dedos no permitían siquiera dudarlo. Hacía tiempo que Genoveva esperaba aquel desenlace; siempre que el conde se encerraba en su laboratorio, la criada murmuraba: «Todavía va á invocar al maldito; Satanás le hará alguna mala partida; cualquier noche le echará las manos al cuello para apoderarse de su alma cuanto antes.» Sus temores se realizaban, y se estremeció al pensar en la terrible lucha que habría precedido á la muerte del hereje. Su imaginación ardiente le presentaba al diablo, negro y velludo, arrojándose á la garganta de su víctima, apoderándose de su alma y desapareciendo por el cañón de la chimenea.

El grito de Genoveva llamó la atención de los criados que acudieron todos. Habían sido cuidadosamente elegidos por el conde entre los aldeanos menos ilustrados de la comarca, y creyeran con Genoveva que su amo había muerto luchando contra el demonio. Levantaron el cadáver y lo colocaron sobre un lecho, temblando de miedo y esperando ver salir de un momento á otro un animal inmundado de la boca abierta del muerto.

En varias leguas á la redonda nadie dudó que el conde estaba endemoniado y había sido llevado por Satanás. El médico que certificó la muerte dió otra explicación, por el aspecto de las manchas de la piel dedujo que había muerto envenenado y su curiosidad de hombre científico le hizo fijarse en el carácter especial de las manchas amarillentas, provocadas seguramente por la acción de un tóxico desconocido. El médico pensó fundadamente que el conde se había envenenado con un nuevo agente descubierto por él. Era el doctor hombre prudente, y dibujó las manchas por amor á la ciencia, guardando el secreto de la muerte violenta. Atribuyó la muerte del conde á un caso de apoplejía fulminante, para evitar el escándalo. Siempre hay interés en hacer respetable la memoria de los ricos y de los poderosos.

Guillermo llegó una hora antes del entierro. Su dolor fué grande y sincero. El conde le había tratado siempre con frialdad, pero el pobre muchacho estaba en una si-

tuación de ánimo tan excepcional, tan febril, que lloró abundante y amargamente. Al salir de aquellos días penosos é inquietos que había pasado junto con Magdalena, la más insignificante pena le hacía llorar. Posible es que dos meses antes no hubiera dejado escapar ni un sollozo.

Cuando volvió del cementerio, Genoveva le hizo subir á su habitación. Una vez allí con su crueldad tranquila de fanática, le dijo que había cometido un sacrilegio al permitir que se enterrara al conde en tierra sagrada. La protestante refirió á su modo la historia de aquella muerte, que atribuía al diablo. Tal vez no se hubiese detenido en los detalles, cuando aun no estaba bien cubierta la fosa del muerto, si no hubiera tenido el proyecto de conseguir algo práctico. Sermoneó al joven y le exigió juramento de no tener nunca pacto con el infierno. Guillermo juró lo que la vieja deseaba. Le había escuchado distraído y absorto en su dolor sin comprender por qué le hablaba de Satanás, y sufriendo grandemente al oír relatar la lucha de su padre con el demonio. Con claridad sólo oyó lo que la vieja le dijo de las manchas que el cadáver tenía en la cara y en el cuello, y palideció visiblemente, sin atreverse á dar crédito á lo que pensaba.

Le avisaron en aquel momento que una persona deseaba hablarle. Guillermo encontró en el vestíbulo, al médico que había certificado la muerte de su padre. El doctor valiéndose de mil rodeos, le dió cuenta de la siniestra verdad; añadió que estaba resuelto á no hacer público, el suicidio, pero que se creía obligado á no ocultar nada al hijo del fallecido. Guillermo anonadado por aquella confidencia dió las gracias al médico por su mentira. No lloraba ya y su mirada era fija y abstraída, le pareció que se abría á sus pies un abismo insondable.

Se retiraba tambaleándose como un hombre ébrio cuando el médico le detuvo. El doctor no había ido allí con el exclusivo objeto de darle á conocer la verdad. Impulsado por el irresistible deseo de entrar en el laboratorio del conde, había comprendido que nunca se le presentaría una ocasión tan oportuna como aquella; el hijo podría llevarle al santuario, donde el padre no había permitido á nadie la entrada.

—Perdóneme usted—dijo á Guillermo,—si le hablo de estas cosas en tan tristes momentos. Pero temo que mañana sea tarde para hallar lo que deseo. Las manchas que he visto en el cuello de su padre son de tal naturaleza, que puedo averiguar qué veneno ha podido causar la muerte... Ruego á usted que me autorice para visitar la habi-

tación donde se encontró el cadáver, esta visita me permitirá recoger datos preciosos.

Guillermo pidió la llave del laboratorio y subió con el médico. Si se lo hubiera pedido le hubiese acompañado á cualquier otra parte, á las cuadras ó á las cuevas, sin darse cuenta de lo que hacía.

Pero cuando entró en el laboratorio, el aspecto de aquella habitación le estremeció y salió de su estupor. La vasta sala estaba completamente cambiada, apenas la reconoció. Cuando entró en ella, hacía ya tres años, el día que su padre le prohibió toda clase de trabajo científico, hallábase el laboratorio en orden perfecto; los ladrillos y los hornos relucían, el cobre y el cristal de los aparatos estaban limpios y brillantes, en las tablas adosadas á la pared había botes y recipientes de todas clases; sobre la mesa colocada en el centró de la estancia se veían enormes libros abiertos y montones de hojas manuscritas. Recordaba aún la impresión de respetuosa sorpresa que le produjo la vista de aquel taller de estudio atestado metódicamente, por decirlo así, de toda clase de objetos. Allí dormían los frutos de una larga vida de labor, los preciosos secretos del sabio que había interrogado á la naturaleza durante más de medio siglo, sin querer confiar á nadie el resultado de su ardiente curiosidad. Guillermo, al volver al laboratorio, esperaba encontrar aún en sus sitios respectivos los aparatos y las planchas, los libros y los manuscritos. Parecía que un huracán había pasado por allí destrozándolo y revolviéndolo todo: el horno, ennegrecido por el humo, parecía apagado hacía mucho tiempo, y el montón de ceniza que le llenaba había llegado á tapar gran parte del suelo; el cobre de los aparatos estaba abollado, el cristal roto; los frascos destrozados, se apilaban en un rincón; los libros y los manuscritos, deshechos y medio quemados formaban un montón en otro rincón. Todos los objetos aparecían como rotos y aplastados por una mano furiosa. Y estas ruinas no eran del día anterior, sino de muchos días antes; enormes telas de araña caían del techo, y una capa espesa de polvo cubría los restos que se veían por todas partes.

Guillermo al contemplar aquel cuadro, sintió oprimírsele el corazón. Creyó comprenderlo todo. Su padre le había hablado un día de la ciencia con amarga ironía, con ocultos celos. Debía considerarla como una querida lúbrica y cruel que le maltrataba con sus voluptuosidades, y por amar á ella despreció á las demás; no quería que nadie la poseyera cuando él la dejara. El joven reconstituyó mentalmente el instante doloroso en el que el anciano

poseído de loca rabia, devastó su laboratorio. Le veía pateando los aparatos y arrojando contra las paredes los frascos, rompiendo las redomas contra el suelo, arrancando las planchas, destrozando y quemando los libros y los manuscritos. Una hora, menos quizás, algunos minutos bastaron para destruir las investigaciones y la labor de una existencia entera. Después, cuando ya no subsistía ninguno de sus descubrimientos, ninguna de sus observaciones, cuando debió verse solo en pie en medio de su laboratorio destruido, acaso se sentaría para enjugar el sudor de su frente, sonriendo extraña y siniestramente.

Lo que causaba á Guillermo, mayor espanto, era la idea de los terribles días que aquel hombre había pasado después en aquella estancia, ó por mejor decir, en aquella tumba, donde quedaban, su trabajo y sus amores. Durante meses enteros se había encerrado según su costumbre, pero no tocando ningún aparato, caminando de un lado á otro, perdido en la nada que había querido analizar. Destrozaba con los pies los pedazos de sus queridos instrumentos, apartaba con desdén los restos de sus manuscritos, los trozos de los frascos que contenían aún partículas de cuerpos analizados ó descubiertos por él, ó bien concluía la obra de destrucción tirando una redoma que estaba llena aún ó dando el último puntapié á un aparato. ¡Qué pensamientos de supremo desdén, qué burlas acres é incisivas, qué amor á la muerte, llenarían su potente cerebro, durante las inacabables horas que había vivido ocioso y pensativo sobre las voluntarias ruinas de su obra!

Nada quedaba. Guillermo, daba vuelta á la pieza y acabó por descubrir un objeto que la mano de su padre había respetado; era una especie de armario incrustado en la pared, que contenía frascos llenos de líquidos de colores diversos. El conde que era gran aficionado á la toxicología, había encerrado en aquellos frascos venenos violentos, desconocidos y descubiertos por él. El armario había estado antes en la planta baja y Guillermo recordaba haberlo visto cuando era niño; era de madera, adornado con piezas de cobre y delicadamente trabajado y concluído. Era un mueble precioso y de una ejecución rica y maravillosa que no hubiera desentonado en el tocador de una mujer elegante. El conde, con su dedo mojado en tinta había escrito la palabra *Veneno* en cada frasco. Guillermo admiróse de la ironía atroz que significaba en su padre la conservación de aquel armario y de su contenido. Toda la vida, toda la ciencia del conde acababan allí: en unos cuantos frascos de venenos nuevos. Había destruído los otros descubrimientos que hubieran podido

ser útiles á la humanidad y no legaba, de sus vastas observaciones, de los trabajos de su clara imaginación, más que agentes de sufrimiento y de muerte. Esta bofetada dada á la ciencia, esta burla siniestra, este desprecio de los hombres, esta confesión suprema del dolor, decían bien claramente cuál debía de haber sido la agonía de este hombre, que después de cincuenta años de estudio, parecía no haber encontrado en el fondo de sus retortas más que algunas gotas de la droga con que se había envenenado.

Guillermo retrocedió hasta la puerta. El espanto y el disgusto le empujaban hacia fuera. Aquella habitación sucia, llena de restos sin nombre, con las telas de araña y la capa de polvo, exhalaba un olor fétido que se agarraba á la garganta. Los infinitos cascotes y papeles viejos amontonados en los rincones, se le antojaban la basura de la ciencia que el conde le había prohibido y que él había barrido desdeñosamente antes de morir, como se arroja á un ser que se ama, con un desprecio lleno de dolorosa ansiedad. Creía oír, al contemplar el armario que encerraba los venenos, la risa cruel del viejo químico soñando meses y meses en su suicidio. Después se fijaba en el hilillo de sangre que escapado del cráneo de su padre se veía en medio de la habitación perdiéndose en el horno. Aquella sangre empezaba á endurecerse.

Entretanto el médico husmeaba por todas partes. Desde la puerta lo había comprendido todo y la cólera le dominaba.

— ¡Qué hombre! ¡qué hombre! — murmuraba. — ¡Lo ha destruído todo! ¡Todo está arrasado! Si yo hubiera estado aquí, le sujeto como á un loco furioso.

Y volviéndose hacia Guillermo:

— Su padre, tenía una inteligencia privilegiada. Debía de haber hecho grandes descubrimientos, y ya ve usted lo que ha dejado. Es una locura, una verdadera locura... ¿Comprende usted esto? Un sabio que podía haber pertenecido al Instituto y que ha preferido guardarse el resultado de sus trabajos... Todavía, si yo hojeara alguno de sus escritos lo daría á la publicidad y ganaría fama para él y para mí.

Y fué á remover un montón de papeles sin preocuparse por el polvo.

— Nada, ni una sola página entera — exclamó lamentándose.

Continuó después registrando el montón de frascos rotos y prosiguió en sus exclamaciones. Aproximó la nariz á los fondos de las redomas tratando de descubrir por el olfato

el secreto del alquimista. Por fin, se decidió á volver al centro de la habitación, furioso por no haber encontrado nada. Entonces vió el armario de los venenos. Se acercó rápidamente dando un grito de alegría, pero la llave no estaba en la cerradura y tuvo que limitarse á examinar los frascos á través de los cristales.

— Caballero — dijo con tono grave dirigiéndose á Guillermo, — ruego á usted que me permita analizar estas materias... Le hago esta petición en nombre de la ciencia y en nombre de la memoria del señor de Viargne.

Guillermo movió la cabeza mostrando los restos que cubrían el suelo.

— Ya ve usted que mi padre no ha querido dejar ninguna huella de sus trabajos. Estos frascos se quedarán aquí.

El médico insistió, pero fué inútil. Nuevamente dió vueltas por el laboratorio con creciente agitación. Al llegar al hilillo de sangre que había salido del cráneo del muerto se detuvo y preguntó si era sangre del conde. Al oír la respuesta afirmativa, pareció que su rostro se iluminaba. Se arrodilló ante el charco que se había formado bajo el horno, y con las uñas trató de arrancar un cuajarón de sangre casi seco. Confiaba en descubrir el agente tóxico empleado por el conde, sometiendo la sangre á un minucioso análisis.

Cuando Guillermo comprendió el objeto del trabajo, se acercó al médico con los labios temblorosos y asiéndole del brazo:

— Vamos, doctor — le dijo con acento duro y resuelto, — me ahogo aquí, ya lo ve usted... No turbemos la paz de los muertos. Deje esa sangre, se lo ordeno.

El médico dejó el cuajarón de muy mala gana. Empujado por el joven, salió del laboratorio protestando. Guillermo que estaba ya dominado por una impaciencia febril, respiró por fin cuando estuvieron en el corredor. Cerró la puerta con llave, dispuesto á cumplir el juramento que había hecho á su padre de no entrar jamás en aquella habitación.

Cuando estuvo en la planta baja encontró al juez de paz de Veteuil, quien con tono cortés, le dijo que iba á sellar los papeles del muerto sino se le presentaba un testamento en regla. Tuvo la delicadeza de manifestar al joven que conocía el lazo de parentesco que le unía al difunto, y su cualidad de hijo adoptivo, no dudando de que existiría un testamento en su favor. Terminó su breve arenga con una graciosa sonrisa: este testamento se encontraría indudablemente en el fondo de algún cajón, pero

la ley era la ley y podían existir legados de orden tan excepcional que era preciso esperar y respetarlos. Guillermo cerró la boca al Juez, enseñándole un testamento que le institua heredero universal. El conde había tenido que esperar la mayor edad de su hijo para poderle adoptar oficialmente y transmitirle su nombre; como la adopción entrañaba la necesidad de heredar, hábale sido fácil convertir al hijo natural en hijo legítimo. El juez de paz se retiró balbuceando mil excusas, repitió que la ley era ley y llamó reiteradas veces señor de Viargne al que momentos antes apenas llamaba Guillermo, manifestando que nunca dudó que tenía el derecho más evidente para llevar el título y apellido de su padre.

Los días que siguieron al entierro fueron de inmenso trabajo para Guillermo. No le dejaron una hora siquiera para pensar en su nueva posición. A todas horas y de todas partes recibía pésames, peticiones y ofertas de servicios. Acabó por encerrarse en su habitación después de rogar á Geneveva que se entendiera con cuantos fueran á importunarle. El conde en su testamento había dejado á Geneveva una renta que le permitiera acabar tranquilamente su vida; pero la fiel sirviente estuvo á pique de incomodarse, y dijo que no aceptaría el dinero, pues su único deseo era seguir trabajando. En el fondo aquella actitud satisfacía á Guillermo, puesto que le evitaba pensar y ocuparse en asuntos de orden interior que le molestaban. Su espíritu apocado y débil aborrecía la actividad, las cosas más insignificantes de la vida se convertían para él en inmensos obstáculos que le causaban cólera y repugnancia.

Cuando por fin Guillermo conquistó nuevamente su soledad, fué acometido por una mortal tristeza. La fiebre no le sostenía ya y sentíase aplomado por un sombrío desfallecimiento. Pudo olvidar durante algunos días el suicidio de su padre, pero luego volvió á pensar en él; revió el laboratorio devastado, manchado de sangre y el recuerdo implacable de aquella habitación, le unió á los recuerdos crueles de su existencia desgraciada. Aquel drama lo consideró como un eslabón más en la larga cadena de pesares que le habían torturado. Recordaba con angustia el azar de su nacimiento, su juventud febril y aterrorizada, su infancia de mártir, su vida entera anegada en el dolor. Era preciso más aun, y su padre le arrojaba el horror de su violenta muerte y la ironía de sus negaciones. Todos estos hechos lamentables herían la dulzura de su naturaleza nerviosa, destrozando su delicadeza y asustando su necesidad de cariño y de paz. Guillermo

se ahogaba en aquel ambiente pesado de desgracia que respiraba desde la cuna; reflejábale en sí mismo y volvíase más temeroso, más débil á medida que los acontecimientos se encarnizaban en herirle. Concluía por considerarse víctima del destino, y hubiera comprado las tranquilidades melancólicas del olvido á cualquier precio. Al verse dueño de una fortuna y obligado á desempeñar papel de hombre, aumentaron sus temores; no conocía el mundo y el porvenir le asustaba. Durante sus meditaciones, sentía vagamente que de su manera de ser, las circunstancias y el medio en el cual había vivido, le empujaban forzosamente al fondo de un abismo, desde los primeros pasos que aventurara.

Se juzgó muy desgraciado y esto aumentó su amor á Magdalena. Se dedicó á pensar en ella con una especie de devoción fervorosa. Ella sola, pensaba, sabía lo que él valía y le amaba según sus méritos. Si hubiera meditado más, hubiese hallado en él un secreto miedo á estas relaciones con una mujer cuyo pasado desconocía, se hubiera dicho que era todavía una de las fatalidades de su vida, una de las consecuencias de los hechos que le amenazaban. Acaso hubiera retrocedido si se acordara de la historia de su madre. Pero sentía tanta necesidad de ser amado, que se arrojaba ciegamente en el corazón del único ser que aun podía darle pruebas de cariño durante algún tiempo.

Escribía diariamente á Magdalena largas epístolas lamentándose de su aislamiento, y le juraba que su separación duraría muy poco. Hubo un momento en que pensó ir á vivir de nuevo con su querida en la calle de Boulogne; después se acordó de los malos días que había pasado allí, y temió no encontrar la felicidad pasada. Al día siguiente escribió á la joven rogándole con insistencia que fuese á Veteuil á reunirse con él.

A Magdalena le llenó de felicidad tal determinación. También ella temía estar sola en el pabellón impregnado del recuerdo de Jacobo. Hacía quince días que estaba sola y se desesperaba. Desde el primer día se había apresurado á ocultar el retrato de Jacobo cuyo recuerdo le perseguía siempre. Si lo hubiese dejado en la alcoba, le hubiera parecido que todas las noches se entregaba á un fantasma. Llegó hasta á enfadarse con Guillermo que la dejaba sola en una casa habitada por su antiguo amante. Al cerrar la puerta del pabellón para irse á Veteuil, sintió gran alegría figurándose que dejaba encerrado al espectro de Jacobo.

Guillermo la esperaba en Nantes. La condujo fuera de la

estación para exponerle el nuevo plan de vida. La joven diría que iba á la población de temporada, y él la alquilaría el pabellón del parque donde podían verse cuando quisieran. Magdalena meneó la cabeza; la repugnaba volver á vivir en casa de su amante, y se esforzaba en buscar argumentos para rehusar la hospitalidad que la ofrecía. Acabó por decir que serían menos libres viviendo los dos juntos casi en la misma casa, y que sería mil veces preferible alquilar cualquier casita cerca de la Noirande. Guillermo comprendió la prudencia de tales observaciones, recordando el escándalo producido en otro tiempo por las relaciones del conde con la mujer del notario. Quedó pues resuelto que Guillermo regresaría solo en el coche que lo había llevado, y que ella tomaría la diligencia para entrar en Veteuil como forastera. Cuando estuviera instalada avisaría á Guillermo.

Magdalena tuvo la suerte de hallar en seguida habitación. El dueño del hotel donde se hospedó poseía á un cuarto de legua de la Noirande una especie de granja; había hecho construir una habitación con bastante lujo, y no fué á vivir en ella arrepentido ya de haberse gastado el dinero en la construcción. Tan pronto como Magdalena manifestó su deseo de quedarse en el país, el dueño del hotel la ofreció su casa y la joven fué á verla al siguiente día.

Era un pabellón de un solo piso que contenía cuatro piezas, las lluvias del último invierno habían puesto algo amarillentas las blancas paredes, sobre las que caían las persianas grises de las ventanas; las tejas rojas del tejado resaltaban alegremente entre las copas de los árboles; un seto vivo acotaba un jardincillo reservado; más allá, á tiro de fusil, estaba la granja, donde se veían amontonados varios edificios, de donde salían cantos de gallos y balidos de ganado. Magdalena quedó encantada con aquel hallazgo, con tanto mayor motivo, porque se le alquilaba el pabellón completamente amueblado, y podía ocuparlo inmediatamente. Lo alquiló en quinientos francos por seis meses, y se mudó aquella misma tarde. Canturreaba mientras vaciaba las maletas, y sentía deseos de reír y corretear como un niño. Desde que había visto la casita con el tejado rojo, las persianas grises, destacándose entre los árboles, había pensado que sería feliz en aquel rincón ignorado.

A eso de las nueve de la noche recibió la visita de Guillermo, al que había escrito por la mañana. Le hizo los honores de la casa con infantil alegría, obligándole á visitar todos los rincones, sin olvidar ni un armario. Qui-

so que viera también el jardín, por más que la noche era muy oscura. «Tengo perales, violetas y me parece que he visto rábanos.» Guillermo no veía nada, pero estrechaba el tallo de Magdalena y besaba sus desnudos brazos alegre como su querida. Al llegar al extremo del jardín, Magdalena dijo con gravedad:

—Por aquí he visto un gran agujero, y para que no me comprometa usted, caballerito, tendrá que entrar por ahí cuando quiera verme.

Fué preciso que el joven ensayara si podía entrar por la abertura. Hacía mucho tiempo que los amantes no habían gozado de momentos tan felices.

Magdalena no se había equivocado; debía ser dichosa en aquel rincón perdido. Le parecía que un amor nuevo brotaba en su corazón, un amor franco y alegre de colegial. El retrato de Jacobo dormía en el pabellón de la calle de Boulogne donde quedaron encerrados todos los penosos recuerdos de los pasados años. Había momentos en que la joven creía que acababa de salir del colegio; tanta era su alegría y tanta su confianza en el porvenir. Lo que mayor placer le causaba, era verse por fin habitando en su casa, y solía decir con infantil alegría: «Mi casa, mi alcoba;» arreglaba los muebles, calculaba el precio de los comestibles y se preocupaba del alza de los huevos y de la manteca. Nunca experimentaba mayor placer que cuando Guillermo comía con ella; en estos días le prohibía que llevara algo de la Noirande, ni frutas siquiera, porque deseaba comprarlo todo, satisfechísima de pagarlo todo y de regalar á su vez, orgullosa de no recibir ni necesitar nada. Así podía amar á Guillermo de igual á igual y dejaba de ser la mujer comprada. Entonces la idea que la avergonzaba siempre de ser una mujer entretenida, no sublevaba su ingénito orgullo, y su corazón se expansionaba francamente, sin que la oprimiera la idea cruel de su situación. Cuando Guillermo entraba se arrojaba á su cuello; sus sonrisas, sus miradas, su abandono, indicaba claramente su pensamiento y su deseo: «Me entrego, pero no me vendo.»

En esto consistía el secreto de la ternura de su amor nuevo. Guillermo quedóse sorprendido y encantado al descubrir en Magdalena una mujer que no conocía. Hasta entonces había sido su querida, ahora se convertía en su amante. Hasta aquel día la había querido en su casa, ahora la amaba en la de ella. Esta diferencia afirmó su felicidad. A su pesar Guillermo creíase menos libre en la casita de Veteuil que en el pabellón de la calle de Bou-

logne, no se sentía dueño de la habitación y parecía agradecer más los besos que Magdalena le daba. Las relaciones eran menos brutales y experimentaba un exquisito placer que aumentaba su felicidad con un nuevo y delicioso encanto. Su espíritu inconscientemente respetuoso gustaba de un modo extraordinario las primicias de aquella nueva situación. Placía-le entrar en casa de una mujer como amante libremente escogido; encontraba en aquella casita un perfume desconocido de elegancia y de gracia, un tibio ambiente que no respiraba en la Noirande. Además era preciso entrar ocultándose por temor á las indiscreciones de malas lenguas; venía atravesando los campos sembrados ya, mojándose los pies en la humedad de los prados, dichoso como un estudiante que hace novillos, cogiendo hierbas y flores cuando se creía observado, fingiendo que herborizaba y volviendo á proseguir su camino, inquieto presuroso, feliz ya con la idea de su alegría próxima, cuando llegado ante el seto, deslizábase como un mercedador por el agujero que le indicó Magdalena, arrojando su ramo de flores sobre la falda de la joven que le acechaba y lo introducía prestamente en la casa. Aquella correría, aquel beso de bienvenida, le ocasionaban el más intenso placer. Si tuviera más libertad, acaso se hubiese cansado más pronto.

Cuando encerrados ya en la casa, Guillermo sentía una singular voluptuosidad en decirse que su felicidad era ignorada de todos. Juzgaba cada visita que hacía á Magdalena, como una encantadora aventura, como una deliciosa cita que le otorgaba una amable joven. Olvidóse por completo de los meses pasados en la calle de Boulogne. Por otra parte, Magdalena era otra mujer; no estaba como antes meditabunda siempre, vivía alegre y despierta, amaba en una palabra; le amaba ocultamente como mujer que tiene precisión de guardar secreto su amor, recibíale en su alcoba con rubores súbitos y no haciendo más que pasar por ella, el olor particular que exhalaba le causaba una emoción profunda. Guillermo no tenía en aquella habitación nada suyo, ni siquiera sus zapatillas.

Esta vida feliz duró todo el verano. Deslizáronse los días con una paz y tranquilidad dichosas. Los amantes se agradecían mutuamente sus caricias y sus ternezas, como en otra época sentían la necesidad de pelearse viendo que se hacían desgraciados.

Magdalena había alquilado la casita á mediados de Abril. No conocía más campo que algunos rincones de los alrededores de París. Vivir en plena campiña, toda la estación de verano, fué para ella una alegría tan grande como

sana. Vió florecer los árboles y madurar sus frutos, observando con maravillada sonrisa el trabajo de la tierra. Cuando ella llegó, las hojas tiernas aun, de un verde claro, se balanceaban apenas bajo los primeros rayos del sol, húmedas todavía por las lluvias del invierno, con la gracia pueril de un niño; penetró hasta su corazón, la brisa fresca y virginal que procedía del fondo de los pálidos horizontes que descubrían sus ojos. Después el cielo tuvo caricias más ardientes, los follajes se espesaron, la tierra convirtiéndose en mujer, en mujer amante y fecunda, cuyas entrañas se estremecían con poderosa voluptuosidad en la labor de su parto. Magdalena, refrescada y apaciguada por las tibiezas de la primavera, sentía que los ardores del estío daban energía á su cuerpo, y á la sangre de sus venas un latido tranquilo y fuerte. Encontraba bajo aquel espléndido sol, la pérdida paz de su alma y el vigor del cuerpo; parecida á esos arbustos destrozados por los fríos del invierno, que en el buen tiempo renacen y vuelven á ser nuevos, para crecer y desplegar sus ramas.

Magdalena tenía necesidad de vida al aire libre, de sol radiante que le hacían agradables las largas caminatas. Casi todos los días salía, andando mucho sin demostrar la menor fatiga. Acostumbraba á encontrar á su amante en la orilla de un riachuelo y ambos pescaban cangrejos. Desde allí emprendían el paseo por el valle, ocultos por los árboles de las márgenes, cubiertas de húmedo césped y oyendo sobre sus cabezas el rumor acompasado del follaje que les ofrecía fresca sombra. A sus pies deslizábase el riachuelo como un hilillo de plata que huía silenciosamente sobre la arena, y que de trecho en trecho formaba una cascada que producía un ruido de cristalinas notas semejante á los ecos de una flauta pastoril. En ambas orillas se elevaban corpulentos y gigantes árboles que parecían columnas carcomidas por el musgo y la hiedra, unidas por zarzas que formaban verdes murallas y calles de follaje interminables. Hacia abajo la bóveda estaba poblada de insectos parecidos á grandes moscas zumbadoras, por los extremos, las ramas separábanse y dejaban ver en el fondo de aquel verdor un pedazo de cielo azul. Guillermo y Magdalena preferían aquel paseo desierto, aquella cuna natural cuyo fin no encontraban nunca, olvidábanse del tiempo cuando estaban allí, la frescura del agua, el silencio de los árboles, les producía una exquisita voluptuosidad. Cogidos del brazo, se ocultaban en lo más espeso del follaje. Muchas veces jugaban como los niños, perseguíanse, pinchándose con las zarzas y deslizándose sobre la hierba. Bruscamente la joven desaparecía, se ocul-

taba detrás de un matorral, Guillermo que veía perfectamente un extremo de su blusa blanca, fingía buscarla con aire inquieto, después dando un salto, la cogía y caían ambos sobre el césped, riendo y gritando á la vez con loca alegría.

Otros días, declaraba Magdalena que estaba muerta de frío, y que quería caminar bajo el sol; la sombra acababa siempre por disgustar á su naturaleza poderosa. Paseaban entonces bajo el sol, el sol esplendente de Julio. Seguían por la muralla de zarzas y llegaban á un campo inmenso de trigo cuyas espigas ondulaban suavemente hasta el horizonte, dormidas bajo el intenso calor de aquel cielo del Mediodía. El aire quemaba. Magdalena caminaba á su gusto bajo aquel horno ardiente; dejaba voluptuosamente que el sol mordiera su cuello y sus brazos desnudos, algo pálida, con la frente cubierta de gotitas de sudor, se abandonaba á las caricias del astro. Aquello, decía ella, le prestaba nuevas fuerzas y la evitaba la dejadez, sentíase llena de más vida bajo el peso anonadador del cielo flameante que sus hombros redondos y robustos llevaban ligeramente. Pero á Guillermo le hacía sufrir mucho el calor; cuando Magdalena observaba que jadeaba, entraba en la sombra, al borde del riachuelo claro y fresco.

Gozaban entonces un nuevo encanto con aquel silencio y aquella frescura que habían abandonado un momento. Volvían rendidos y sofocados descansando en una especie de rotonda donde el riachuelo formaba un diminuto lago de brillante superficie, donde se reflejaban los árboles que en aquel sitio dejaban descubierta una gran extensión de cielo. Al borde del lago crecían largos y flexibles juncos, extendiéndose á sus pies un tapiz de hierba corta y espesa como una alfombra. Alegraba aquel retiro salvaje y grato un manantial que brotaba de una roca, un bloque enorme recubierto de verdor; el hilillo de agua salía serpenteando del fondo de una gruta llena de plantas trepadoras y cuyas paredes trasudaban continua humedad. Guillermo y Magdalena sentábanse allí, escuchando el rumor acompasado de las gotas que caían una á una de la bóveda; había en aquel rumor una cadencia que los mecía dulcemente, una sensación vaga de sueño y de calma eterna que placía á sus amores dichosos. Poco á poco dejaban de hablar, sugestionados por la monotonía de aquella cantinela continua de las gotas de agua, creyendo oír los latidos de su corazón, soñando y sonriendo con sus manos enlazadas.

Magdalena llevaba siempre frutas. Al despertar de sus ensueños, comía sus provisiones mostrando sus hermosos dientes y haciendo morder á su amante sus melocotones y

rus peras. Guillermo maravillábase de verla tan bella. Cada día le parecía que ostentaba una hermosura más triunfante, y seguía con sorprendida admiración el desarrollo de salud y de fuerza que el aire y el sol le daban. El campo había transformado á aquella mujer. Parecía más alta todavía. Sana, vigorosa, los miembros sólidos, se había convertido en rozagante mujer de opulento busto, franca y alegre. Su cutis ligeramente moreno, había conservado su transparencia. Sus cabellos rojos apenas anudados, caían sobre su nuca con una sola onda espesa y brillante. Todo su ser adquiría actitudes de un vigor soberbio.

Guillermo no se cansaba de mirar á esta criatura cuyos besos tranquilos y fuertes aplacaban su fiebre. Sentía que una serenidad suprema nacía en ella, había readquirido su voluntad, vivía sin sacudimientos, obediente á la nativa simplicidad de su ser; aquella soledad y aquel sol la convenían, y se desarrollaba su gracia y su fuerza, expresando la satisfacción y la paz de las que tenía absoluta necesidad. Durante las largas horas que pasaban en la Fuente, con cuyo nombre bautizaron aquel sitio, Guillermo o se ocupaba más que de admirar á Magdalena tendida sobre el césped, con la nuca enrojecida por el reflejo de sus cabellos; seguía con la mirada las firmes líneas de sus miembros bajo la ligera tela de sus trajes, y muchas veces se levantaba para estrecharla entre sus brazos con súbito orgullo de poseedor. No le dominaba entonces ningún impuro pensamiento, sus amores eran sanos y tranquilos.

En los días que los amantes no iban á la Fuente, daban un paseo de algunos kilómetros en un cochecito preparado al efecto. Dejaban el coche en alguna casa y continuaban el paseo á pie escogiendo los senderos más estrechos y cuyo término desconocían. Después de haber andado mucho tiempo sin hallar alma viviente, sentíanse dichosos como dos merodeadores que hubieran escapado de la vigilancia de los guardas rurales. Las inmensas llanuras normandas, cuidadas y monótonas, les parecían la imagen de su cariño tranquilo, jamás se cansaban de observar el mismo horizonte de praderas y campos cultivados. A menudo se extraviaban por los sembrados recorriendo las cascas de campo. Magdalena tenía una verdadera pasión por los animales domésticos; una pollada picoteando alrededor de la madre que cacarea y bate las alas, le hacía reír horas enteras, entraba en los establos para acariciar las vacas, los cabritos juguetones la encantaban, acometíanla los deseos de tener en torno de ella, polluelos, patos, palomas, conejos, y si la sonrisa de Guillermo no la con-

tuviese nunca hubiera entrado en Veteuil sin llevar cualquier bestezuela en sus faldas. Tenía también pasión por los niños y cuando veía alguno en las puertas de las casas de campo, lo contemplaba pensativa, con cariñosa sonrisa: después como obedeciendo á una atracción inevitable, cogía al mocosuelo y sin reparar en lo sucio de su carita llena de confitura y de tierra, se la cubría de besos. Pedía leche conservando al niño entre sus brazos, hasta que se la servían, llamando la atención de su amante sobre los ojos ó los cabellos de la criatura. Cuando había bebido, se retiraba con pesar y volvíase más de una vez para decirle adiós.

Llegó el otoño. Negras nieblas, empujadas por helados vientos, cruzaron el cielo tristón, el campo quedó como dormido. Los amantes quisieron ir por última vez á la Fuente, y les pareció triste la soledad que antes les encantaba. Una lluvia de amarillas hojas cubría la hierba; la rotonda no se veía cubierta por el follaje, estaba únicamente formada por los escuetos troncos de los árboles, cuyas desnudas ramas se destacaban con lamentable desnudez sobre el cielo gris. El lago, la Fuente misma sin sus brillantes reflejos, sucios ya por los últimos huracanes. Guillermo comprendió que se aproximaba el invierno y que era preciso renunciar á los paseos, y pensaba tristemente en la muerte del estío sin cesar de contemplar á Magdalena. Esta sentada enfrente de su amante destrozaba, pensativa, las ramas secas de que el musgo estaba alfombrado.

Desde la víspera pensaba Guillermo casarse con su querida. Esta idea se le había ocurrido al ver á Magdalena acariciar en una granja á unos niños, con amor de madre. Pensó que si alguna vez quedaba encinta su amada, su hijo sería un bastardo. Se acordaba de su dolorosa infancia y se estremecía al repetir la palabra bastardo.

Por otra parte, todo le empujaba fatalmente al matrimonio. Como él decía en otro tiempo á Jacobo, amaría á una sola mujer, la primera que encontrara; debía amarla con toda su alma por temor al cambio y terror á lo desconocido. Se había acostumbrado al cariño de Magdalena, y mientras encontrase calor en su ternura, no quería variar. Su espíritu apocado, su alma femenina, se complacía en pensar: «Tengo un rincón donde puedo refugiarme para toda mi vida.» El matrimonio no hacía más que legitimar una unión que él juzgaba eterna.

La idea de que podía ser padre, no hizo más que apresurar el desenlace previsto ya. Además llegaba el invierno y tendría frío en la soledad de su desierto

castillo, falto del cálido aliento de su amada. Durante los largos y helados meses, le sería preciso correr bajo la lluvia para ir á llamar á la puerta de Magdalena. ¡Qué alegría, en cambio, si viviesen en la misma habitación! Si pasaran aquellos crudos días juntos en un rincón de su chimenea! Disfrutarían una luna de miel hermosa y viviría en una alcoba bien cerrada, de donde no saldrían hasta la nueva primavera para volver á buscar los rayos del sol. Le animaba además, el deseo de dar á Magdalena una prueba grande de su cariño. Creía adivinar que cuando estuviesen casados, no se atormentarían con sus lágrimas y sus dudas.

Sin embargo, en el fondo del proyecto que Guillermo acariciaba, había un vago sentimiento de temor que le inquietaba. En los últimos meses no se había preocupado de los terrores del porvenir, en que el suicidio de su padre le había hecho pensar; su amor, después de tantos martirios, le parecía un descanso supremo, el olvido de sus pesares y de sus aprensiones. Entonces vivía en el presente y cada hora que transcurría le llevaba una alegría, pero cuando pensaba en el mañana, lo desconocido de esta mañana, le producía una fiebre sorda, un espanto invencible. Tal vez á su pesar, temblaba ante un enlace eterno con una mujer cuyo pasado ignoraba todavía. De todas maneras, no existió más que la duda, su excitación no se exteriorizaba, su corazón le empujaba.

Había ido á la Fuente resuelto á hablar, pero los árboles estaban tan escuetos y el cielo tan triste, que guardaba silencio, estremeciéndose á impulsos de los primeros fríos del invierno. También Magdalena tenía frío; con el cuello abrigado por un pañuelo y los pies escondidos bajo la falda, seguía rompiendo ramas, sin darse cuenta de lo que hacía y mirando melancólicamente las nubes preñadas de agua que corrían silenciosamente. Por fin, cuando llegó el momento de ponerse en marcha, Guillermo le comunicó su proyecto; su voz era un poco temblorosa y parecía como si solicitase una gracia.

Magdalena le escuchó sorprendida y casi asustada. Cuando su amante terminó:

—¿Por qué no hemos de seguir como estamos?—dijo.—No me queje, soy dichosa... Aunque nos casemos, no hemos de querernos más... Acaso concluyésemos con esta felicidad.

Y al ver que Guillermo abría la boca para insistir, añadió resueltamente:

—No, no, ese proyecto me da miedo.

Se puso á reír para atenuar la dureza y lo extraño de

sus palabras. Ella misma estaba arrepentida de haberlas dicho, y mucho más con aquel acento. La verdad era que la proposición de Guillermo le causaba una singular emoción; el joven creyó que había pedido un imposible, como como si ella no se perteneciese ó fuera de otro hombre. Magdalena había respondido con la voz y el gesto de una mujer casada á la cual, un amante exigía vivir maritalmente con él.

Guillermo, casi ofendido, hubiera tal vez retirado su ofrecimiento, si no hubiera creído defender la causa de su amor. Se distrajo hablando: poco á poco fué olvidando el disgusto que le había causado la negativa de su querida, y tuvo para ella frases tiernas y cariñosas, describiendo el cuadro, que él veía alegre, de su vida de casados. Durante largo rato, dejó verter por sus labios la ternura de su corazón, conservando su actitud de ruego y de adoración.

—Soy huérfano—decía,—y no tengo en el mundo á nadie más que á ti. No te niegues á unir á la mía tu existencia ó creeré que el cielo continúa persiguiéndome con su cólera, y diré que no me amas bastante para querer hacerme feliz. ¡Si supieras la necesidad que tengo de cariño! Tu sola me has dado la dicha y ofrecido un refugio en tus brazos. Ahora no sé cómo demostrarte mi gratitud y te ofrezco cuanto soy y cuanto tengo, nada en comparación á las horas de felicidad que me has dado y las que me ofrecerás aún. Yo seré siempre el obligado, Magdalena mía. Nos amamos ya y el matrimonio no sabrá acrecer nuestro amor, pero nos permitirá amarnos libremente. ¡Qué existencia más brillante la nuestra! Una existencia de paz y de orgullo, una confianza sin dudas para el porvenir, un cariño de todos los instantes... ¿Oyes Magdalena?

Esta escuchaba dominada por cierto malestar, con una impaciencia reprimida que entreabría en sus labios con una singular sonrisa. Cuando su amante faltó ya de frases enmudeció con la garganta oprimida por la emoción, Magdalena guardó silencio un momento. Después, con alterada voz, contestó:

—Tú no puedes casarte, sin embargo, con una mujer cuyo pasado ignoras... Es preciso que te diga quién soy, de dónde vengo, lo que hacía antes de conocerte.

Guillermo se levantó y le puso una mano sobre su boca.

—Calla—dijo con terror.—Te amo y no quiero saber nada más... Te conozco perfectamente... Tal vez seas mejor que yo, con seguridad tienes más voluntad, más energía. El pasado ha muerto; hablamos ahora del porvenir.

Magdalena quiso luchar contra aquella suprema ternura, contra aquella fe absoluta. Cuando pudo hablar:

—Escucha—le dijo,—tú eres un niño y es preciso que yo discurra por ti... Eres rico, joven, y un día llegará en que me reproches haber aceptado demasiado pronto tu ofrecimiento... Yo no tengo nada, soy una pobre é infeliz muchacha, pero soy orgullosa y quiero conservar mi amor propio... No quisiera que nunca me acusaras de haber obrado como una intrigante... Ya ves que soy franca. Puedo ser para ti una adorable querida, si me convirtiese en tu mujer, al día siguiente de la boda pensarías que merecías mejor esposa.

Si Magdalena hubiese querido acicatear los deseos de Guillermo, no hallara medio más adecuado. Las suposiciones que había hecho casi llenaron de lágrimas sus ojos, pero como tenía la testarudez de un niño, se juraba vencer la resistencia de su querida.

—No me conoces, Magdalena, y me haces mucho daño... ¿Por qué me hablas de ese modo? ¿Acaso ignoras en lo que pienso, en lo que sueño, desde hace un año que vivimos juntos? Yo quisiera dormirme sobre tu seno para no despertar nunca. Sabes perfectamente que esto es la suprema aspiración de todo mi ser, y que te equivocas al juzgarme como los otros hombres... Soy un niño, dices, ¡tanto mejor! no puedes tener miedo de un niño que se te entrega.

Y continuó con el mismo acento suave y cariñoso volviendo á suplicar. Vació toda la ternura de su corazón. Magdalena vacilaba vencida por aquella voz temblorosa que le ofrecía tan humildemente el perdón y el respeto del mundo. Sin embargo, existía en su fondo un vago sentimiento de orgullo. Cuando su amante terminó diciendo:

—Eres libre, ¿por qué rehusas hacer mi felicidad?

Magdalena hizo un brusco movimiento.

—¡Libre!—replicó con extraña entonación,—si, soy libre...

—Pues bien—añadió Guillermo,—no hablemos más del pasado. Si has tenido otro amor en tu vida, hoy ese amor está muerto, me caso con una viuda.

Esta última palabra hizo estremecer á Magdalena. Palió ligeramente. La frente dura, sus ojos grises expresaron una ansiedad dolorosa.

—Vámonos—exclamó,—está anocheciendo... Mañana te contestaré.

Se pusieron en marcha. El cielo estaba negro, el viento soplabá lúgubrememente en los árboles del camino. Cuando Guillermo dejó á su querida la estrechó contra su pecho

en silencio, no encontrando palabras que decirle y queriendo tomar posesión de su ser por este abrazo. Magdalena pasó una noche de insomnio. Cuando estuvo sola reflexionó profundamente en la proposición de su amante. La idea del matrimonio la agradaba al mismo tiempo que la causaba cierta sorpresa no exenta de espanto. Pensó en la vida tranquila y digna que le ofrecía Guillermo, y se extrañó de haber protestado. Acordándose de las acariciadoras palabras del joven, se avergonzó de haberle contestado con tanta dureza, y se preguntaba qué sentimiento secreto la había impulsado á rechazar una unión que debía haber aceptado con humildad y agradecimiento. ¿Por qué tenía miedo? ¿No era libre acaso como Guillermo había dicho? ¿Qué necesidad le hacía desdeñar la inesperada dicha que se le otorgaba? Confundióse en estas preguntas y no descubrió más que un vago malestar en su carne. Magdalena tenía ya respuesta, pero le parecía tan estúpida y tan ridícula que evitaba hacerla. La verdad era que pensaba en Jacobo. Había sentido resurgir el recuerdo de aquel hombre mientras Guillermo le hablaba. Pero no podía ser aquel recuerdo la causa de su protesta, porque Jacobo había muerto. No le debía nada, ni un recuerdo siquiera. ¿Con qué derecho resucitaba para recordarle que le pertenecía? Las dudas que suscitaba ahora, acerca de su libertad, le irritaban profundamente. Desde que el fantasma de su primer amor, se había levantado ante ella, luchaba cuerpo á cuerpo con él deseosa de vencerle para probarle que no le pertenecía. Y, sin embargo, tenía conciencia á despecho de su sonrisa desdeñosa, de que Jacobo únicamente era la causa de mostrarse dura con Guillermo. Aquello era monstruoso é inexplicable. Cuando tales ideas se dibujaron claramente en su espíritu, en las pesadillas de su insomnio, decidió con toda la resolución de su energía natural, que haría callar al muerto casándose con el vivo. Después quedóse adormecida cuando amanecía. Soñó que el naufrago surgía de entre lívidas olas y la arrancaba de los brazos de su marido.

Cuando Guillermo llegó por la mañana tembloroso é inquieto, encontró á Magdalena todavía dormida. La abrazó dulcemente. La joven se despertó sobresaltada y se arrojó sobre su pecho como para refugiarse en él, diciéndole: «Soy tuya.» A estas palabras siguieron besos y caricias apasionadas. Parecía que los dos tenían necesidad de poseerse para creer en la fuerza de su unión.

Aquel mismo día, Guillermo se ocupó de los preparativos de la boda. Cuando por la noche anunció á Genoveva que

se iba á casar con una señorita de las cercanías, la protestante le miró maliciosamente.

—Esto será mejor—le dijo.

Comprendió que la vieja lo sabía todo. Sin duda le habían visto ya pasear con Magdalena, y las murmuraciones habían comenzado en el país. La frase de Genoveva le animó á precipitar el día de su casamiento.

Algunas semanas bastaron. Los amantes se casaron al comenzar el invierno, casi en secreto. Cinco ó seis curiosos de Veteuil los vieron subir al coche después de las ceremonias, en la alcaldía y en la iglesia. Cuando estuvieron en la Noirande, despidieron á los testigos y se encerraron en sus habitaciones. Estaban ya en su casa y unidos para siempre.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO M. PES"
1990. 1625 MONTERREY, MEXICO